

LA PRESENCIA DEL PENSAMIENTO CRISTIANO EN LA FILOSOFÍA LATINOAMERICANA DE LA LIBERACIÓN

por J. C. TERAN DUTARI (Quito)

A un punto muy particular quisiera referirme después de estas magníficas exposiciones de especialistas en el campo de la filosofía latinoamericana. Aunque mi experiencia con el quehacer filosófico en Latinoamérica es bastante reducida todavía, puedo quizás llamar la atención de este público hacia un concepto que me parece importante: *la presencia del pensamiento cristiano en la filosofía latinoamericana actual*. Estas jornadas han estado enmarcadas dentro de la preocupación por un pensamiento filosófico en nuestra realidad de hoy; pensamiento filosófico, digo; y sin embargo a lo largo de las jornadas se ha sentido muy palpablemente la presencia de lo que podríamos llamar, con una fórmula que requeriría previa explicación, un pensamiento cristiano aquí en Latinoamérica. Las dos formas de reflexión, pensamiento filosófico y pensamiento cristiano, se han encontrado espontáneamente a través de esta temática de liberación que ha sido la determinante. Como por mi quehacer profesional participo de estas dos preocupaciones, he creído que sería interesante circunscribir un problema muy particular de cierta reflexión que se hace ahora en Latinoamérica; lo podríamos formular como la interacción del pensamiento cristiano y de la filosofía, particularmente dentro de estas corrientes que pueden llamarse filosofía de la liberación. Dada la escasez de tiempo voy a limitarme a unas cuantas sugerencias que dividiré en tres partes:

- 1) Señalar un hecho.
- 2) Preguntar por la explicación o la justificación que puede haber o tendría que haber de este hecho.
- 3) Sacar algunas conclusiones en el sentido de guías para dirigir la reflexión hacia algunas cuestiones aquí implicadas.

1. Me parece que siempre en la situación del pensamiento filosófico latinoamericano ha estado presente de alguna manera la posición cristiana. Aquí habría que decir bastante sobre qué es lo que en definitiva puede llamarse pensamiento filosófico en Latinoamérica; pero creo que en eso los profesores Zea y Salazar Bondy podrían decir mucho más. Con todo, tengo la impresión de que hay un fenómeno determinado que puede llamarse pensamiento filosófico en Latinoamérica. Creo también que siempre dentro de ese fenómeno, de larga raigambre, el influjo cristiano ha estado presente; pero ese “siempre” no es unívoco sino que incluye una variación histórica y por eso sería importante hacer la historia de los diferentes modos de presencia dentro de una continuidad. De todas maneras, en la hora actual me parece que es patente esa presencia de la posición cristiana como un influjo determinado sobre esas corrientes diversas que concluyen en lo que se puede llamar la filosofía de la liberación. Por dos vías se manifiesta esa presencia:

a) Dentro de un pensamiento sobre la liberación, existe el aporte de los teólogos y pensadores cristianos profesionales. En general, hay al lado de una filosofía de la liberación una “teología de la liberación”, tanto que dentro del panorama teológico del cristianismo mundial éste ha sido un fenómeno reciente que sigue despertando muchísimo interés: por primera vez aparece la expresión propia de un pensar teológico en Latinoamérica. Ahora bien, estos teólogos latinoamericanos que se interesan por la problemática de la liberación tienen que hacer, y hacen de hecho, filosofía. Su pensamiento tiene que ser, pretende ser y posiblemente es de hecho también, pensamiento filosófico. Ahí tenemos una primera manera cómo se patentiza la presencia del pensar cristiano en una filosofía de la liberación; porque naturalmente la filosofía que hacen estos teólogos cristianos está en diálogo y en relaciones bastante extensas con todo lo demás que se pueda llamar filosofía de la liberación en Latinoamérica.

b) Entre los que podemos señalar como filósofos de la liberación (habría que precisar estas aproximaciones en los términos), hay también evidentemente un cierto número de personas

que se profesan cristianas y que se saben afectadas por su posición cristiana en este quehacer filosófico. Estos son los hechos.

2. Veamos ahora algo sobre la explicación y justificación de estos hechos o, mejor dicho, sobre los problemas que se plantean respecto de una explicación y justificación que habría que dar de estos hechos. Se abren aquí dos interrogantes: ¿Por qué el pensamiento cristiano tiende a filosofar? ¿Por qué la filosofía admite el influjo del pensamiento cristiano? Respecto de la primera pregunta, por qué el cristianismo, y en particular la teología como pensamiento reflejo del cristianismo, tiende a filosofar, cabría preguntar más exactamente por qué el cristianismo y el pensamiento cristiano tienen que ocuparse actualmente de todo esto que entra bajo el alcance de una filosofía de la liberación. Doy sencillamente una respuesta formal y muy genérica: porque el cristianismo es una praxis y toda praxis tiende a desarrollar una teoría, es decir, en definitiva, una filosofía. (Aquí vendría entonces toda la problemática sobre teoría y praxis, bien conocida de ustedes). Esta es una respuesta en la que, por muy general, los teólogos podrían ver grandes problemas: v. gr. se podría decir que la revelación cristiana es ya en sí misma una teoría, y que tiene por tanto su filosofía propia, anterior a toda praxis y capaz de juzgar a cualquier filosofía. Sin embargo yo creo que puedo decirlo y mantenerlo: el cristianismo es una praxis; la revelación cristiana es una praxis histórica. Por lo tanto —según el esquema de teoría y praxis que admito— el cristianismo elabora en la historia, de hecho y de derecho, una teología como forma de su teoría; el hombre actual puede dudar de que una teología “metafísica” sea la única forma posible de teoría del cristianismo, porque pudiera haber otras expresiones teóricas menos especulativas o de otra índole que las formas teológicas a las que nuestro pensamiento occidental está acostumbrado. De todas maneras, al menos dentro de esas formas teológicas que ha desarrollado el cristianismo, la “teoría” suya no puede menos de aparecer como filosofía; no puede encontrar otros materiales de pensamiento que no sean los filosóficos. Y esto puede ser que a los teólogos les plantee problemas, pero yo creo deber man-

tener la afirmación: la teología no puede encontrar otros materiales, otros esquemas de pensamiento que no sean los de la filosofía; es decir, tiene que desarrollar una filosofía en su seno mismo, para poder expresarse en ella; por ser la teología una ciencia que pretende ir a los últimos niveles de la realidad, tiene que moverse en un plano de filosofía y estar en diálogo con aquellas formas de pensamiento que igualmente pretenden ir a esos últimos niveles.

Por otro lado se plantea el segundo interrogante: ¿Cómo puede la filosofía admitir el influjo del pensamiento cristiano, si ella se considera a sí misma como un pensamiento autónomo, total, arriesgado y comprometido en una forma absoluta? Digo autónomo, porque tiene un principio intrínseco que es la razón humana, la cual parecería estar entonces en oposición con ese otro principio extrínseco que sería la fe, principio desde el cual procede la teología. La filosofía es un quehacer de pensamiento total. Recordemos por ejemplo la concepción de Kant sobre las ideas trascendentales reguladoras del uso de la razón (pero se puede expresar de muchas maneras esta misma concepción de la filosofía): Dios, el hombre, el mundo, son el ámbito absoluto de la totalidad, dentro del cual se mueve la razón autónoma; por lo tanto parece que la razón filosófica no deja lugar a nada más que no sea ella misma, y no puede admitir influjo alguno que pretendiera venirle de otro lado. La filosofía, en consecuencia, compromete a todo el hombre; el pensador que es filósofo verdadero se juega todo él en lo que piensa; con eso parece que quedaría relativizado o desenmascarado un compromiso cristiano en el pensar que de algún modo quisiera ser distinto de este compromiso filosófico e incluso quisiera influir sobre él. Aquí se plantea entonces una especie de contradicción respecto a la necesidad de filosofar que, hemos dicho, tiene el cristianismo y en particular su teología.

La teología tiene una respuesta para esa dificultad; no puedo desarrollarla ahora, pero sí me interesa lanzarla como una inquietud. Porque me parece que todo esto que digo en términos tan formales y generales, posiblemente muy conocidos, presenta

una actualidad especial para nuestro pensamiento latinoamericano de esta hora. Y todas estas cosas tendríamos que repensarlas desde nuestra situación para ver lo que significan hoy para nosotros. La respuesta que da la teología va, pues, no sólo a defender su razón de ser frente a la filosofía: así como hay un pensamiento filosófico, el cristianismo se creería con derecho a hacer también un pensamiento teológico; no es sólo esto, sino que pretende mostrar cómo en la filosofía puede haber una presencia de la teología, o mejor dicho del cristianismo: se trata de una posible raíz cristiana en el quehacer filosófico mismo, dentro del ámbito absoluto de la razón autónoma. Y la justificación que de esto da la teología, afirma ella que puede captarse por parte del filósofo con los métodos de la filosofía, al menos por parte del filósofo que en principio realiza aquel acto de fe del que nace la teología cristiana (pero puede captarse por ese hombre en cuanto filósofo y con los métodos de su filosofía). Sin insistir más me permito señalar que hay aquí un gravísimo problema y que los cristianos no podemos sustraernos a él para pensar y decir cosas en nombre de la filosofía y en nombre de la teología sin dilucidar estas cuestiones de principio y de método que son tan graves. En síntesis, la respuesta de la teología dice que el pensamiento filosófico estricto se mueve dentro de opciones pre-filosóficas que le son intrínsecas, necesarias, ineludibles y que de hecho pueden detectarse en toda forma concreta de filosofía puesto que en definitiva la teoría, el quehacer teórico, es un hacer también, es libertad y, aunque pueda parecer paradójico, se puede decir que es una manera de la misma praxis. Ahora bien, es en estas opciones pre-filosóficas de tanto alcance donde puede ejercer su influjo el cristianismo, que es una praxis con necesaria tendencia a la teoría; de hecho, las opciones pre-filosóficas del pensamiento latinoamericano actual están muy influenciadas por el cristianismo en diversos grados y en diversos modos.

3. Vengamos ya a las conclusiones en el sentido de insinuar caminos de reflexión: hay por lo dicho una ambigüedad innegable en el actual pensamiento latinoamericano de la liberación, frente a este hecho de la presencia del cristianismo dentro de él.

Esta ambigüedad a que nos referimos es, desde luego, un peligro: pero no un simple peligro del momento que vivimos, porque la ambigüedad es ante todo la situación misma del pensamiento, ya que es la situación del hombre. La tarea del hombre en la historia es dilucidar las ambigüedades. En concreto, hay por una parte el peligro de que para el pensamiento latinoamericano actual la teología cristiana se convierta en una ideología, de la que tanto hemos tratado de distinguirla durante estas jornadas. (Sus muchas definiciones me permiten insinuar la posibilidad de definir la ideología también en conexión con el tema de la dominación que se ha estado desarrollando aquí; de esta manera una ideología podría concebirse también como un pensamiento que en su estructura crea una relación de dominación). La teología tiene este peligro entre nosotros, y precisamente al hablarse de teología de la liberación. Pero, al revés, también el actual pensamiento filosófico de liberación en Latinoamérica tiene un peligro para el cristiano. (Aquí tenemos el otro aspecto de la ambigüedad que creíamos descubrir en ese pensamiento.) ¿En qué está este peligro? No en el hecho de obligar al cristiano a asumir lo que es propio e indeclinable de todo hombre, el riesgo de su propia razón total, sino en aquello que es lo contrario del cristianismo: un ateísmo hondo que puede ocultarse bajo un lenguaje de Dios y de Cristo, pero que está negando en la práctica, y en la opción última de la que nace el pensamiento teórico, aquello mismo que en la teoría se pretende afirmar. No creo que sea un puro peligro abstracto: si la teología debe siempre desarrollarse en el medio de un pensar filosófico, el de su época, para expresar el hecho históricamente presente en la revelación cristiana, hace muy bien hoy día en compenetrarse aquí en Latinoamérica con las corrientes que hemos llamado filosofía de la liberación pero en el compenetrarse puede ir hasta perderse: no me refiero ahora al hecho de que la teología pueda perder hoy ciertos esquemas de pensamiento que por siglos creyó suyos; tal pérdida podría ser un auténtico perder para ganar, conforme al Evangelio, porque ya dije que la teología no posee de por sí tales esquemas sino que los encuentra (o ayuda a crearlos) en la filosofía. El peligro real

está en que la teología, por el afán urgente de expresarse dentro de nuestro medio filosófico actual, olvide la experiencia cristiana de la que continuamente debe nacer, y no permita ya que esa experiencia juzgue y guíe las opciones pre-filosóficas y pre-científicas implicadas en el pensamiento actual de Latinoamérica, y aceptadas tal vez con precipitación y sin discernimiento por los mismos cristianos. Paradójico estado de pobreza el de la teología: todo su material de pensamiento es el forjado por la razón del hombre en una época determinada; la teología está así a merced de esa razón autónoma; y sin embargo puede y debe juzgar el fondo de todo pensamiento desde una praxis histórica, superior a toda teoría.